

CAPÍTULO XXV.

EXPLICACIONES.

Como hemos dicho, la reina y el cardenal se hallaban frente á frente. Charny podía oír desde el gabinete hasta la última palabra de los dos interlocutores, y por último iban á tener lugar las explicaciones con tanta ansia aguardadas.

— Señora, dijo el cardenal inclinándose, ¿ sabéis lo que pasa con el collar ?

— No, señor, no lo sé, y me alegraré que me lo digáis.

— ¿ Por qué V. M. me reduce hace tanto tiempo á no comunicar con vos sino por medio de un tercero ? ¿ por qué si tiene algún motivo para aborrecerme, no me lo manifiesta explicándomelo ?

— Señor cardenal, no comprendo lo que queréis decir, y no tengo ningún motivo para aborreceros ; pero no es ese el objeto de nuestra conferencia ; así, tened á bien darme algunas noticias positivas sobre ese desdichado collar, y primeramente decidme dónde está madama de La Motte.

— Iba a preguntárselo á V. M.

— Pero me parece que si alguno debe saber el paradero de madama de La Motte, sois vos.

— ¡ Yo, señora ! ¿ Y por qué razón ?

— ¡ Oh ! yo no estoy aquí para recibir vuestras confesiones, señor cardenal ; tenía necesidad de hablar á madama de La Motte, mandé á buscarla por diez veces, y no la han hallado ; confesaréis que esa desaparición es extraña.

— También yo extraño esa desaparición, señora, porque he enviado á suplicar á madama de La Motte que viniese á verme, y tampoco me ha respondido más que á V. M.

— Entonces dejemos á la condesa y hablemos de nosotros.

— ¡ Oh ! no, señora, hablemos primero de ella, porque ciertas palabras de V. M. me han inspirado una dolorosa sospecha ; me parece que V. M. me vitupera mis asiduidades cerca de la condesa.

— Hasta ahora no os he vituperado nada, pero paciencia.

— ¡ Oh ! señora, es que semejante sospecha me explicaría todas las susceptibilidades de vuestra alma y entonces comprendería, aunque con grande desconsuelo, el rigor hasta ahora inexplicable con que vos me habéis tratado.

— Ahora nos comprendemos menos, dijo la reina ; sois de una obscuridad impenetrable, y yo no os pido explicaciones para que nos embrollemos más. ¡ Al hecho, al hecho !

— ¡ Señora, exclamó el cardenal juntando las manos y acercándose á la reina, hacedme la gracia de no cambiar

de conversación ! Con dos palabras más sobre la materia de que hablábamos en este momento, nos habríamos comprendido.

— En verdad, señor, estáis hablando en una lengua para mí desconocida; os ruego que volvamos al francés. ¿Dónde está el collar que he devuelto á los joyeros?

— ¡El collar que vos habéis devuelto! repitió M. de Rohán.

— Sí, ¿qué habéis hecho de él?

— ¿Yo? señora, yo no sé nada.

— Vamos, es muy sencillo; madama de La Motte ha tomado ese collar y lo ha devuelto en mi nombre; los joyeros pretenden que no lo han recogido; yo tengo en mi poder un recibo que prueba lo contrario; los joyeros dicen que el recibo es falso. Madama de La Motte podría explicarlo todo con dos palabras... pero no se halla. Y bien; permitidme que en lugar de los hechos oscuros ponga yo suposiciones: Madama de La Motte ha querido devolver el collar; vos, que tenéis siempre la manía, sin duda benévola, de hacerme comprar ese collar, y que me lo habéis traído con la oferta de pagarlo por mí, oferta...

— Que V. M. ha rehusado muy duramente, añadió el cardenal exhalando un suspiro.

— Y bien; sí, vos habéis insistido en la idea fija de que yo poseyera el collar, y no lo habréis devuelto á los joyeros, para hacermelo tomar de nuevo en una ocasión oportuna. Madama de La Motte ha sido débil, puesto que sabía mi repugnancia, la imposibilidad en que me hallaba de pagar, y la resolución inmutable que había tomado de no recibir ese collar sin tener dinero; madama de La Motte ha conspirado con vos por celo hacia mí, y ahora teme mi cólera

y no se presenta... ¿No esasí? ¿He desenmarañado el negocio en medio de las tinieblas? Decid que sí. Dejad que os reprenda esa ligereza, esa desobediencia á mis órdenes formales, así saldréis del aprieto con una reprensión y todo quedará concluido. Pero, ¡por favor, que haya claridad, señor, que haya claridad! pues no quiero que en este momento pese sobre mi vida la más leve sombra; no lo quiero, ¿lo oís?

La reina pronunció estas palabras con tal viveza, con una acentuación tan vigorosa, que el cardenal no osó ni pudo interrumpirla, pero así que cesó, dijo ahogando un suspiro:

— Señora, voy á responder á todas vuestras suposiciones. No, no he perseverado en la idea de que debíais adquirir el collar, en atención á que estaba seguro de que se hallaba en vuestro poder. No, no he conspirado en nada con madama de La Motte respecto de ese collar. No, yo no lo tengo, como no lo tienen los joyeros, y como vos misma no lo tenéis según decís.

— ¡No es posible! exclamó la reina con asombro; ¿vos no tenéis el collar?

— No, señora.

— ¿No habéis aconsejado á madama de La Motte el echarse fuera de este negocio?

— No, señora.

— ¿No sabéis su paradero?

— No lo sé más que vos, señora.

— Pero entonces, ¿cómo explicáis lo que está pasando?

— Señora, tengo que confesar que no puedo explicármelo. Además, no es esta la primera vez que me quejo á la reina de que ella no me comprenda.

— ¿Pues cuándo os habéis quejado, caballero? porque yo no lo recuerdo.

— Sed bondadosa, señora, dijo el cardenal, y dignaos recordar mis cartas.

— ¡Vuestras cartas! dijo la reina sorprendida. ¿Vos me habéis escrito?

— Señora, demasiado raramente para deciros todo lo que tenía en mi corazón.

La reina se levantó.

— Parece, dijo, que estamos jugando á los despropósitos: acabemos pronto con esta broma. ¿Qué estáis diciendo de cartas? ¿qué cartas son esas, y qué es lo que tenéis en vuestro corazón?... no sé bien cómo acabáis de decir...

— ¡Dios mío! señora, quizás me he dejado decir demasiado alto el secreto de mi corazón!

— ¡Qué secreto! ¿Estáis en sano juicio, señor cardenal?

— ¡Señora!

— ¡Oh, no andemos en tergiversaciones! Vos estáis hablando como un hombre que quiere tenderme un lazo ó embarazarme delante de testigos.

— Os juro, señora, que yo no he dicho nada... ¿Hay aquí alguno escuchando?

— ¡No, señor, mil veces no! ¡no hay ninguno! Explícaos, pues, pero completamente, y si estáis en vuestro juicio cabal, probadlo.

— ¡Oh! señora, ¿por qué no está aquí madama de La Motte? Ella, que es nuestra amiga, me ayudaría á despertar, si no el afecto, al menos la memoria de V. M.

— ¡Nuestra amiga, mi afecto, mi memoria! Yo estoy soñando...

— ¡Ah! señora, os suplico que no me tratéis con esa crueldad, dijo el cardenal indignado por el tono acre de la reina; sois libre para no amar ya, pero no os ofendáis.

— ¡Dios mío, Dios mío! exclamó la reina. ¿Qué es lo que dice este hombre?

— ¡Muy bien! prosiguió M. de Rohán animándose á medida que se encolerizaba; ¡muy bien! señora, creo haber sido bastante discreto, bastante reservado para que no me trataseis tan mal; además, yo no os reconvengo más que por cosas frívolas. Yo tengo la falta de repetir las cosas. Habría debido saber que cuando una reina ha dicho: no quiero ya, es una ley tan imperiosa como cuando una mujer ha dicho: ¡quiero!

La reina lanzó un grito espantoso, y agarrando al cardenal por su manga de encajes, dijo con temblorosa voz:

— ¡Pronto, decid! ¿Á quién he dicho yo: *No quiero ya*, y á quién había dicho: *quiero*?

— Á mí, ambas cosas.

— ¿Á vos?

— Olvidad que vos habéis dicho lo uno, yo no olvido que habéis dicho lo otro.

— ¡Sois un miserable, señor de Rohán, sois un embustero!

— ¡Yo!

— ¡Sois un villano que calumniáis á una mujer!

— ¡Yo!

— ¡Sois un traidor que insultáis á la reina!

— Y vos sois una mujer sin corazón, una reina sin lealtad.

— ¡Desdichado!

— Me habéis atraído por grados á enamorarme locamente de vos ; me habéis dejado mecirme en esperanzas.

— ¡ En esperanzas, Dios mío ! ¿ estoy loca ? ¿ No es un malvado ?

La reina lanzó un rugido de rabia al que respondió un largo suspiro desde el retrete.

— ¿ Soy yo por ventura, prosiguió M. de Rohán, quien habría osado venir solo al parque de Versalles, si vos no me hubieseis enviado á llamar por madama de La Motte ?

— ¡ Dios mío !

— ¿ Soy yo quien se hubiese atrevido á robar la llave de la Montería ?

— ¡ Dios mío !

— ¿ Soy yo quien habría osado pedir os que trajeseis la rosa que veis aquí ? ¡ Rosa adorada, maldita, marchitada por mis besos !..

— ¡ Dios mío !

— ¿ Soy yo quien os ha forzado á bajar el día siguiente y darme á besar vuestras manos, cuyo perfume devora sin cesar mi cerebro y me vuelve loco ? Razón tenéis en vituperármelo.

— ¡ Oh, basta, basta !

— ¿ Soy yo, en fin, quien en mi más loco orgullo habría osado jamás soñar en aquella tercera noche de cielo despejado, de delicioso silencio, de pérfidos amores ?

— ¡ Señor, señor ! dijo la reina reculando del cardenal, ¿ estáis blasfemando !

— ¡ Dios mío ! replicó el cardenal levantando los ojos al cielo ; ¡ tú sabes si por seguir siendo amado de esta mujer engañosa, habría yo dado mis bienes, mi libertad, mi vida !

— Señor de Rohán, si queréis conservar todo eso, vais

á confesar aquí mismo que tratáis de perderme ; que habéis inventado todos esos horrores : que no habéis venido á Versalles la noche...

— He venido, replicó noblemente el cardenal.

— ¡ Sois muerto si sosteneis ese language !

— Rohán no miente, He venido.

— ¡ Señor de Rohán, señor de Rohán ! en nombre del cielo, decid que no me habéis visto en el parque...

— Moriré si es preciso, como acabáis de amenazarme, pero no he visto más que á vos en el parque de Versalles, donde me conducía madama de La Motte.

— Lo repito otra vez, exclamó la reina lívida y temblando, ¡ retractaos !

— ¡ No !

— Por segunda vez ; ¡ decid que habéis tramado esa infamia contra mí !

— ¡ No !

— Por última vez, señor de Rohán ; ¡ confesad que han podido engañaros, que todo eso fué una calumnia, un sueño, un imposible... no sé qué ! ¡ Pero confesad que yo estoy inocente, que puedo estarlo !

— ¡ No !

La reina se enderezó terrible y solemne, y dijo :

— ¡ Puesto que recusáis la justicia de Dios, vais á habéros las con la justicia del rey !

El cardenal se inclinó sin decir nada.

La reina llamó con tal violencia que acudieron á un mismo tiempo varios criados.

— Que digan á S. M., dijo enjugándose los labios, que le ruego me haga el honor de pasar á mi cámara.

Fué un oficial á ejecutar esta orden, mientras el cardenal

resuelto á todo permaneci6 intrépidamente en un ángulo de la cámara.

María Antonieta fué diez veces hacia la puerta del retrete sin entrar en él, como si cada vez, habiendo perdido la razón, la hallase delante de aquella puerta.

No habían transcurrido diez minutos en esta terrible escena, cuando apareció en el umbral el rey con una mano en su pechera de encaje.

En lo más retirado del grupo de los asistentes se descubría la cara azorada de Böhmer y de Bossange que olfateaban la borrasca.

CAPÍTULO XXVI.

EL RECIBO.

Apenas se presentó el rey en el umbral del gabinete, la reina le interpel6 con extraordinaria volubilidad, diciendo:

— Señor, aquí tenemos al señor cardenal de Rohán que dice cosas muy increíbles. Tened, pues, á bien rogarle que os las repita.

Al oír estas inesperadas palabras, este apóstrofe súbito, el cardenal palideció. En efecto, la situación era tan extraña, que el prelado cesaba de comprender. ¿Podía él, pretendido amante, repetir al marido, ni súbdito respetuoso, declarar al rey todos los derechos que creía tener sobre la reina y sobre la mujer?

Pero volviéndose el rey hacia el cardenal que estaba absorto en sus reflexiones, le dijo:

— Con motivo de cierto collar, ¿no es verdad? ¿tenéis cosas increíbles que decirme, y yo cosas increíbles que oír? Hablad, pues, ya os escucho.

M. de Rohán tomó en el acto su partido, entre dos dificultades, debía escoger la menor; entre dos ataques debía sufrir el más honroso para el rey y la reina; y si le arrastraban imprudentemente al segundo peligro, quería arrastrarlo como hombre valiente y como caballero.

— Sí, señor, con motivo del collar, murmuró.

— ¿Conque habéis comprado vos el collar dijo el rey.

— Señor...

— ¿Sí ó no?

El cardenal miró á la reina y no respondió.

— ¿Sí ó no? repitió la reina. Decid la verdad, señor cardenal; la verdad, pues no se os pide otra cosa.

M. de Rohán volvió á otro lado la cabeza sin responder.

— Puesto que M. de Rohán no quiere responder, responded vos, señora, dijo el rey; vos debéis saber algo sobre todo eso. ¿Habéis comprado el collar, sí ó no?

— No, dijo la reina con energía

M. de Rohán se estremeció.

— ¡He ahí una palabra de reina! exclamó el rey con solemnidad, ¡ andad con cuidado, señor de Rohán!

M. de Rohán dejó asomar á sus labios una sonrisa de desprecio.

— ¿No decís nada? preguntó el rey

— ¿De qué se me acusa, señor?

— Los joyeros dicen que han vendido un collar á vos ó á la reina, y tienen un recibo de S. M.

— ¡ El recibo es falso! dijo la reina.

— Los joyeros añaden, prosiguió el rey, que á defecto de la reina, están garantidos por compromisos que vos habéis contraído, señor cardenal.

— Yo no me niego á pagar, señor, dijo M. de Rohán. Preciso es que eso sea verdad, puesto que la reina deja decirlo.

Y una segunda mirada más despreciativa que la primera terminó su frase y su pensamiento.

La reina se estremeció, pues aunque ese desprecio del cardenal no era para ella un insulto, porque no lo merecía, debía ser la venganza de un hombre honrado.

— Señor cardenal, repuso el rey, á pesar de eso siempre queda en este negocio una falsificación que ha comprometido á la reina de Francia.

— ¡ Hay aún otra falsificación! exclamó la reina. En ese otro documento falso consta que los joyeros han recogido el collar. ¿ Y puede esta falsificación imputarse á un caballero?

— La reina es muy dueña de atribuirme ambas falsificaciones, dijo M. de Rohán en el mismo tono; ¿ qué diferencia hay entre haber hecho una falsificación ó haber hecho dos?

La reina estuvo á pique de dejarse arrebatarse de su indignación, pero la contuvo el rey con un gesto.

— ¡ Tened cuidado! volvió á decir al cardenal; porque estáis agravando vuestra posición. Os mando que os justificuéis, y tenéis el aire de acusar.

El cardenal reflexionó un momento; luego, como si sucumbiese bajo el peso de esta misteriosa calumnia que atacaba su honor, dijo:

— ¿ Justificarme?... ¡ Imposible.

— Caballero, hay quienes dicen que les han robado un collar; proponiendo vos el pagarlo os confesáis culpable.

— ¿Quién lo creará? dijo el cardenal con soberbio desdén.

— Entonces, si no suponéis que deban creerlo, se creará que...

Y un impulso de cólera anubló el rostro del rey tan plácido de ordinario.

— Señor, yo no sé nada de cuanto se ha dicho ni de cuanto se ha hecho, repuso el cardenal; lo único que puedo afirmar es que yo no he tenido el collar: que los diamantes se hallan en poder de alguno que debería nombrarse, pero que no quiere y me fuerza á repetirle estas palabras de la Escritura: Caiga el mal sobre la cabeza del que lo ha cometido.

A estas palabras la reina hizo un movimiento para coger el brazo del rey, que le dijo:

— Señora, el debate es entre vos y él. Por última vez: ¿tenéis vos el collar?

— ¡No, por el honor de mi madre, por la vida de mi hijo! respondió la reina.

El rey, rebosando de alegría después de esta declaración, se volvió hacia el cardenal diciendo:

— Entonces, caballero, es un negocio entre la justicia y vos; á no ser que preferáis apelar á mi clemencia.

— ¡Señor, la clemencia de los reyes se ha hecho para los culpables! Yo prefiero la justicia de los hombres, respondió el cardenal.

— ¿No queréis confesar nada?

— Nada tengo que decir.

— Pero en fin, exclamó la reina, vuestro silencio deja mi honor comprometido.

El cardenal calló.

— Pues bien; yo no callaré, prosiguió la reina; ese silencio me abrasa, acredita una generosidad que yo no quiero. Sabed, señor, que el crimen del señor cardenal no está solo en la venta ó en el robo del collar.

M. de Rohán levantó la cabeza y palideció.

— ¿Qué quiere decir eso? preguntó el rey inquieto.

— ¡Señora!... tartamudeó el cardenal espantado.

— ¡Oh! ninguna consideración, ningún temor ó debilidad me cerrará la boca, pues tengo aquí en mi corazón motivos que me arrastrarían á pregonar mi inocencia en medio de una plaza pública.

— ¡Vuestra inocencia! exclamó el rey. ¡Señora! ¿quién sería bastante temerario ó villano para obligar á V. M. á pronunciar esa palabra?

— Señora, os suplico... dijo el cardenal.

— ¡Ah, principiáis á temblar!.. ¿Conque había yo adivinado? ¿amáis las tinieblas para vuestros complós? ¡yo amo la luz del día!.. Señor, intimidad al señor cardenal que os repita lo que hace un momento me ha dicho á mí aquí, en este mismo lugar.

— ¡Señora, señora! dijo M. de Rohán. ¡Tened cuidado! pues traspasáis los justos límites.

— ¿Cómo es eso? dijo el rey con altivez. ¿Quién habla así á la reina? ¿Supongo que no soy yo?

— Eso es precisamente, señor, dijo María Antonieta; el señor cardenal habla así á la reina, porque pretende que tiene derecho á hacerlo.

— ¡Vos! murmuró el rey poniéndose lívido

— ¡El! exclamó la reina con desprecio, ¡él!

— ¿El señor cardenal tiene pruebas? repuso el rey dando un paso hacia el príncipe.

— ¡M. de Rohán dice que tiene cartas! dijo la reina.

— ¡Veamos, caballero! insistió el rey.

— ¡Esas cartas! gritó la reina con arrebató; ¡presentad esas cartas!

El cardenal se pasó una mano por su frente bañada de un sudor helado, y pareció preguntar á Dios cómo había podido formar una criatura de tanta audacia y perfidia; pero calló.

— ¡Oh! y no es eso sólo, prosiguió la reina, animándose por grados bajo la influencia de su misma generosidad; el señor cardenal dice que ha obtenido citas

— ¡Señora, por piedad! dijo el rey.

— ¡Por pudor! exclamó el cardenal.

— En fin, repuso la reina, si no sois el más bajo de los hombres, si tenéis algo por sagrado en este mundo, presentad esas pruebas que tenéis.

M. de Rohán levantó lentamente la cabeza y replicó:

— ¡No, señora, no las tengo!

— No agregaréis ese crimen á los otros, continuó la reina, no amontonaréis sobre mí oprobio sobre oprobio! Vos tenéis un auxiliar, una cómplice, un testigo de todo eso; nombradle ó nombradla!

— ¿Quién es pues? dijo el rey.

— Madama de La Motte, señor, dijo la reina.

— ¡Ah! exclamó el rey en tono de triunfo, viendo que por último se hallaban justificadas sus prevenciones contra Juana. ¡Pues bien! que comparezca esa mujer y se la interrogue.

— ¡Sí!.. ¡no es fácil! exclamó la reina; ha desapare-

cido! Preguntad á este señor lo que ha hecho de ella. Tenía demasiado interés en que no se la interrogase.

— La habrán hecho desaparecer otros que tenían en ello más interés aún que yo, replicó el cardenal; he ahí el motivo de que no se la halle.

— Pero, señor, supuesto que estáis inocente, dijo la reina con furor, ayudadnos á descubrir á los culpables.

El cardenal de Rohán, después de haber lanzado una última mirada, volvió la espalda y se cruzó los brazos.

— ¡Caballero! dijo el rey ofendido. ¡Vais á ir á la Bastilla!

El cardenal se inclinó, y luego dijo con tono firme:

— ¿Vestido así? ¡en hábitos pontificales, en presencia de toda la corte! Dignaos reflexionar, señor, pues el escándalo es inmenso, y por lo mismo será más pesado para la cabeza sobre que recaiga.

— ¡Así lo quiero! dijo el rey agitado.

— Señor, es un dolor injusto que hacéis sufrir prematuramente á un prelado, y la tortura antes de la acusación no es legal.

— Es preciso que así sea, respondió el rey abriendo la puerta de la cámara para buscar con la vista alguno á quien transmitir su orden.

M. de Breteuil estaba allí; sus devorantes ojos habían adivinado la ruina de su enemigo por la exaltación de la reina, por la agitación del rey y la actitud del cardenal.

No había acabado el rey de hablarle por lo bajo, cuando el guarda-sellos, usurpando las funciones del capitán de

guardias, gritó con una vibrante voz que resonó hasta en lo más recóndito de las galerías :

— ¡Prended al señor cardenal !

M. de Rohán se estremeció. Los murmullos que oyó bajo las bóvedas, la agitación de los cortesanos y la súbita llegada de los guardias de corps daban á esta escena un carácter de siniestro agüero.

El cardenal pasó por delante de la reina sin saludarla, lo que hizo hervir la sangre de la altiva princesa ; se inclinó humildemente al pasar por delante del rey, y cuando pasaba cerca de M. de Breteuil, tomó una expresión de lástima tan hábilmente marcada, que el barón debió creer que no se había vengado bastante.

Acercóse tímidamente un teniente de guardias y pareció pedir al mismo cardenal la confirmación de la orden que acababa de oír.

— Sí, señor, le dijo M. de Rohán ; sí, yo soy quien está preso.

— Conducid al señor á su aposento hasta tanto que yo haya decidido durante la misa, dijo el rey en medio de un silencio sepulcral.

El rey se quedó solo en el cuarto de la reina, con las puertas abiertas, mientras el cardenal se alejaba por la galería precedido del teniente de guardias, con sombrero en mano.

— Señora, dijo el rey jadeando, pues se había contenido con gran trabajo, sabéis que esto parará en un juicio público, es decir, en un escándalo... ¿ sobre quién caerá el honor de los culpables ?

— ¡ Gracias ! exclamó la reina estrechando con efusión las manos del rey : ¡ Gracias ! ¡ Habéis elegido el único medio de justificarme !

— ¡ Me dais gracias !

— ¡ Con mi alma ! ¡ Habéis obrado como rey, yo como reina, no lo dudéis !

— Está bien, respondió el rey lleno de viva alegría. Por último se hará justicia á todas esas bajezas ; y cuando la serpiente haya sido aplastada una vez para siempre por vos y por mí, espero que viviremos tranquilos.

Dicho esto, besó á la reina en la frente y se retiró á su cuarto.

Entretanto, al extremo de la galería, M. de Rohán había hallado á Böhmer y Bossange medio desmayados en brazos uno de otro.

Luego, á algunos pasos más lejos, percibió á su volante que, despavorido con este desastre, espiaba una mirada de su amo.

— Caballero, dijo el cardenal al oficial que le conducía, si paso todo ese día aquí, voy á inquietar á mucha gente ; ¿ no puedo anunciar en mi casa que estoy arrestado ?

— ¡ Oh ! monseñor, con tal que nadie os vea, dijo el joven oficial.

El cardenal le dió las gracias ; luego, hablando en alemán á su volante, escribió algunas palabras en una página de su misa, la separó, y á espaldas del oficial que acechaba para no ser sorprendido, la arrolló y la dejó caer.

— Os sigo, caballero, dijo al oficial.

En efecto, desaparecieron ambos.

El volante se arrojó al papel como un ave de rapiña, lanzóse fuera de palacio, montó á caballo y huyó hacia Paris.

El cardenal pudo verle en los campos por una ventana de la escalera que iba bajando con su guía.

— ¡Ella me pierde! murmuró; ¡yo la salvo! ¡Por vos lo hago, mi rey! por vos, Dios mío, que mandáis el perdón de las injurias; por vos perdono á los otros... ¡Perdonadme vos á mí!

CAPÍTULO XXVII.

LAS SUMARIAS.

Apenas el rey había entrado lleno de gozo en su aposento, y firmado orden mandando conducir á M. de Rohán á la Bastilla, cuando se presentó el conde de Provenza, el cual entró en el gabinete haciendo á M. de Breteuil señas que este último no pudo comprender á pesar de todo su respeto y buena voluntad.

Pero aquellas señas no se dirigían sólo al guarda-sellos, pues el príncipe las multiplicaba con el designio de llamar la atención del rey, quien las veía en un espejo mientras que redactaba su orden.

Esa atectación no erró su blanco, el rey percibió las señas, y después de haber despedido á M. de Breteuil, dijo á su hermano:

— ¿Por qué hacíais señas á Breteuil?

— ¡Oh! señor...

— Esa viveza de gestos y ese aire de preocupación ¿ significan alguna cosa ?

— Sin duda, pero...

— Sois dueño de no hablar, hermano mío, dijo el rey en tono de picado.

— Señor, es que acabo de saber el arresto del señor cardenal de Rohán.

— Y bien ; ¿ qué tiene de particular esa noticia para causaros esa agitación ? ¿ Por ventura no os parece culpable M. de Rohán ? ¿ Acaso hago mal en castigar al poderoso ?

— ¡ Hacer mal ! No, hermano mío : no hacéis mal. No es eso lo que quiero decir !

— Mucho me habría sorprendido, señor conde de Provenza, que dieseis la razón contra la reina al hombre que trata de deshonrarla. Acabo de ver á la reina, hermano mío, y una palabra suya ha bastado...

— ¡ Oh ! señor, no quiera Dios que yo acuse á la reina ; sabéis bien que S. M... mi hermana, no tiene un amigo más acendrado que yo. Al contrario, ¿ cuántas veces no me ha sucedido el defenderla (sea dicho sin ánimo de reconvencción) aun contra vos ?

— ¡ En verdad, hermano ! ¿ conque la acusan muy á menudo ?

— Tengo desgracia, señor ; me atacáis sobre cada una de mis palabras. Quería decir que la misma reina no me creería si yo pareciese dudar de su inocencia.

— Entonces ¿ aplaudís conmigo la humillación que acabo de hacer sufrir al cardenal, el proceso que va á resultar, y el escándalo que va á poner fin á todas las calumnias que no se osaría dirigir contra una simple mujer de la corte, y de las que todos se atreven á hacerse eco, porque la reina, dicen, es superior á esas miserias ?

— Sí, señor, apruebo completamente la conducta de V. M., y digo que no puede menos de producir el mejor resultado, en cuanto al negocio del collar.

— ¡ Pardiez, nada más claro, hermano mío ! ¿ No se vé de aquí á M. de Rohán jactándose de su familiar amistad con la reina, celebrando en su nombre un contrato por un collar que ella ha rehusado, y dejando decir que ese collar ha sido cogido por la reina ó en el cuarto de la reina ? Eso es monstruoso, y, como ella decía, ¿ qué se creería si hubiese tenido á M. de Rohán por compadre en ese tráfico misterioso ?

— Señor...

— Y además vos ignoráis, hermano mío, que una calumnia no se para nunca á medio camino, que la ligereza de M. de Rohán compromete á la reina, pero que la relación de esas ligerezas la deshonra.

— ¡ Oh ! sí, hermano mío, sí ; lo repito, habéis obrado bien en cuanto á lo relativo al negocio del collar.

— ¡ Y bien ! dijo el rey sorprendido ; ¿ hay acaso algún negocio más ?

— Pero, señor... la reina ha debido deciros...

— ¡ Decirme ! ¿ pero qué ?

— Señor, vos queréis embarazarme. Es imposible que la reina no os haya dicho...

— ¿ Qué, señor conde, qué ?

— Señor...

— ¡ Ah ! las fanfarronadas de M. de Rohán ? ¿ Sus reticencias, sus pretendidas cartas ?

— No, señor, no.

— Entonces ¿ qué ? Las conferencias que la reina había

acordado á M. de Rohán con motivo del collar en cuestión...

— No, señor, no es eso.

— Lo único que sé, repuso el rey, es que tengo en la reina una completa confianza, y que la merece por la nobleza de su carácter. Era fácil á S. M. no decir nada de cuanto está pasando. Fácil le era pagar ó dejar que otros pagasen, pagar ó dejar decir. La reina, poniendo coto á esos misterios que se iban convirtiendo en escándalos, me ha probado que apelaba á mí antes de apelar á todo el público. Yo soy á quien la reina ha llamado, yo á quien ha querido confiar el cuidado de vengar su honor. Me ha tomado por confesor, por juez, de consiguiente la reina me lo ha declarado todo.

— Pues bien; replicó el conde de Provenza menos embarazado que debiera estarlo, porque conocía que la convicción del rey era menos sólida de lo que quería hacerle creer; aun en eso estáis acusando á mi amistad, á mi respeto por la reina, por mi hermana. Si obráis contra mí con esa susceptibilidad, nada os diré, temiendo siempre el pasar por un enemigo ó un acusador, aun cuando defendiendo Y sin embargo, ved como no sois lógico en eso. Las confesiones de la reina os han conducido ya á hallar una verdad que justifica á mi hermana. ¿Por qué no querríais que se hiciese brillar á vuestros ojos otras claridades, más á propósito aún para revelar toda la inocencia de nuestra reina?..

— Es que... dijo el rey incomodado, vos, hermano mio, siempre principiáis por unos rodeos en que me pierdo.

— Señor, son precauciones oratorias, falta de calor. ¡Ay! perdone V. M.; es un vicio de mi educación. Cicerón me ha echado á perder.

— Hermano mío, Cicerón nunca es obscuro sino cuando defiende una mala causa; vos que defendéis una buena, sed claro por el amor de Dios.

— El criticarme en mi modo de hablar, es reducirme al silencio.

— ¡Vamos! ya tenemos el *irritabile genus rhetorum* que se amosca! exclamó el rey engañado por esa astucia del conde de Provenza. ¡Al hecho, abogado, al hecho! ¿qué otra cosa sabéis más de lo que me ha dicho la reina?

— ¡Dios mío! señor, nada y todo. Primeramente precisemos lo que os ha dicho la reina.

— La reina me ha dicho que ella no tenía el collar.

— Bueno.

— Me ha dicho que no había firmado el recibo de los joyeros.

— Bien.

— Me ha dicho que todo lo relativo á un arreglo con M. de Rohán, era una falsedad fraguada por sus enemigos.

— Muy bien, señor.

— Me ha dicho, en fin, que jamás había dado á M. de Rohán el derecho de creer que él fuese más que un súbdito, más que un indiferente, más que un desconocido.

— ¡Ah! ¡ha dicho eso!..

— Y en tono que no admitía réplica, porque el cardenal no ha replicado.

— Entonces, señor, puesto que el señor cardenal nada ha replicado, es porque se confiesa embustero, y con esa confesión confirma los otros rumores que corren sobre ciertas preferencias acordadas por la reina á ciertas personas.

— ¡Dios mío! ¿qué más hay? preguntó el rey con desaliento.

— Nada que no sea muy absurdo, como vais á ver. Desde el momento en que ha quedado probado que M. de Rohán no se había paseado con la reina...

— ¡Cómo! exclamó el rey. ¿Se decía que M. de Rohán se había paseado con la reina?

— Cosa que ha quedado bien desmentida por la reina, señor, y por la confesión de M. de Rohán; pero, en fin desde el momento en que eso se ha probado, ya conocéis que se ha debido tratar de averiguar (la malignidad no se ha dado por satisfecha) cómo era que la reina se paseaba por la noche en el parque de Versalles.

— ¡Por la noche! ¡en el parque de Versalles!.. ¡la reina!

— ¿Y con quién se paseaba? prosiguió con frialdad el conde de Provenza.

— ¿Con quién? balbuceó el rey.

— ¡Sin duda! ¿Por ventura no se fijan todos los ojos en lo que hace una reina? ¿acaso esos ojos, que jamás se deslumbran por el brillo de la luz ó de la majestad, no son aún más perspicaces cuando se trata de ver por la noche?

— Hermano mío, tened cuidado, pues estáis diciendo cosas infames.

— Señor, yo no hago más que repetir lo que dicen; y lo repito con tal indignación, que estoy seguro arrastraré á V. M. á descubrir la verdad.

— ¿Cómo es eso, señor conde? ¿Dicen que la reina se ha paseado de noche, en compañía... en el parque de Versalles?

— No en compañía, señor; mano á mano.. ¡Oh! si sólo

dijesen que se había paseado en compañía, la cosa no merecía la pena de que hiciésemos caso.

El rey, indignándose súbitamente, dijo:

— Vais á probarme que no hacéis más que repetir, y al efecto probadme que se ha dicho eso.

— ¡Oh! fácilmente, demasiado fácilmente, respondió el conde de Provenza. Hay tres testimonios sobre esto; primero el informe de mi capitán de cacería, que ha visto á la reina dos días seguidos, ó más bien dos noches, salir del parque de Versalles por la puerta de la Montería. Ved aquí el parte con su firma. Leed.

El rey tomó temblando el papel, lo leyó y lo devolvió á su hermano.

— Vais á ver, señor, otro más curioso: el del guarda de noche que ronda en Trianon, el cual declara que la noche ha estado buena, que se ha disparado un tiro, por algún cazador de vedado sin duda, en el bosque de Satory; que en cuanto á los parques, han estado tranquilos la noche en que S. M. dió un paseo por ellos con un gentilhombre á quien daba el brazo.

El rey volvió á leer, se estremeció y dejó caer los brazos.

— El tercero, prosiguió imperturbablemente el señor conde de Provenza, es del suizo de la puerta del Este. Ese hombre ha visto y reconocido á la reina en el momento en que ella salía por la puerta de la Montería. Dice cómo iba vestida; mirad, señor. Dice también, que desde lejos no ha podido reconocer al gentilhombre á quien *acababa de dejar S. M.* (está escrito); pero que en su porte le ha parecido un oficial. Este informe está firmado. Añade una cosa curiosa, á saber: que no puede dudarse fuese la reina, por-

que S. M. estaba acompañada de madama de La Motte, amiga de la reina

— ¡ Amiga de la reina ! exclamó el rey furioso. Sí, eso dice : ¡ amiga de la reina !

— Señor, no os enojéis con ese honrado servidor ; pues sólo puede ser culpable de un exceso de celo. Está encargado de custodiar, y custodia ; de velar, y vela.

— El último, prosiguió el conde de Provenza, me parece el más claro de todos. Es el del maestro cerrajero encargado de examinar si todas las puertas están cerradas después del toque de retreta. Ese hombre, á quien V. M. conoce, certifica haber visto á la reina entrar con un gentilhombre en los baños de Apolo.

El rey, pálido y ahogando su resentimiento, arrancó el papel de las manos del conde y lo leyó.

El conde de Provenza sin embargo continuó esta tectura :

— Es verdad que madama de La Motte estaba á la parte de afuera á unos veinte pasos, y que la reina sólo permaneció como una hora en aquel salón.

— ¿ Pero el nombre del gentilhombre ? exclamó el rey.

— Señor, en el parte no se le nombra ; para saberlo es preciso que Su Majestad se tome la molestia de recorrer este último certificado, que es de un guarda-bosques, que estaba en acecho tras del muro, cerca de los baños de Apolo.

— Fechado en la mañana siguiente, dijo el rey.

— Sí, señor, y que ha visto á la reina salir del parque por la puerta talsa y mirar afuera, cogida del brazo de M. de Charny.

— ¡ De M. de Charny !. exclamó el rey medio loco de

cólera y de vergüenza. ¡ Bien, bien ! Aguardadme aquí, conde ; vamos al fin á saber la verdad.

Y el rey se lanzó fuera de su gabinete.